

LÍNEA DESMONTADA

Tomás llega siempre agotado a su casa, ya de noche. En el colectivo, dormita un poco. Su cuerpo se sabe los tiempos hasta la parada correcta. Después, dos cuerdas a pie que hace con los ojos cerrados y la llave en la mano. El mismo clic del picaporte, el ruido de las patitas de Filipa que va a recibirlo sentada, mirándolo con afecto pero sin demasiada energía, barriendo el suelo con el movimiento de su cola corta y negra, como ella. Él la saca al patio para que haga sus necesidades y le da de comer, y a veces hasta le deja un hueso que haya sobrado del mediodía como golosina.

Después, Tomás se echa en la cama de dos plazas, en el costado izquierdo. Boca arriba, todavía vestido cargando con el cansancio de la jornada entera; sigue siendo el momento del día donde más le pesa la ausencia de Melina. Algunas noches llora. Otras tiene pesadillas que no entiende del todo ni lo alcanzan a despertar. Pero nunca duerme bien.

Su amanecer es tan brusco como la voz que suena en el radio reloj quiere que lo sea ese día. A veces si es domingo, le toca despertarse con un grito de gol. Los otros días con algo de música. Entonces se levanta, pone el agua para el mate y enchufa el calentador eléctrico del baño. Mientras saca la mermelada de la heladera y la unta en un pan (del que a Filipa siempre le da un trozo), mira por la ventana las últimas estrellas de la noche. Dos mordiscos rápidos, un mate rápido, una ducha rápida, y a volver a dormir en el colectivo.

Hasta la fábrica. Tres botones, una línea de montaje, mucho sueño y el ruido monótono. Desprovista de colores, él notó hace tiempo ya que es del mismo gris azulado por fuera y por dentro, igual de monocromo que el ritual de apretar tres botones para empaquetar el producto, una marca de fideos de segunda.

A media mañana, hace el titánico esfuerzo de arrancarse una sonrisa al comer alguna fruta. Tira de su ánimo como un burro de carga para intentar pensar que eso es indicador de que la naturaleza todavía existe, que la vida sigue ahí, que hay color, que hay gustos ricos. Aunque también hace tiempo que siente que perdió la batalla. Melina se fue.

En el almuerzo suele tomar una sopa o un mate cocido. Apenas charla algo con sus compañeros de trabajo; no le interesa el fútbol ni los autos, y a él siempre lo vieron como un tipo raro.

De nuevo el panel de tres botones. Los paquetes de ese sitio, que para Tomás es la muerte en vida, llevan el logo colorido de un señor mayor con gran bigote, todo sonriente y saludable. Él, que siempre lo sintió una burla, ahora lo vive como una ironía, con el alma demasiado demacrada como para querer pelear.

Los fines de semana suele pasarlos limpiando y poniéndose al día con las tareas mundanas que había postergado toda la semana. Ir al almacén, cortar el pasto, llamar a sus padres que viven en la ciudad contigua y decirles que cuando pueda los visitará, preguntar en el correo si hay carta de Melina. Sí. Hasta el desilusionarse ya se convirtió para él en un trámite.

Después es volver y escuchar algo en el tocadiscos que le dejara su padre en la casa. Aunque no tenía una gran colección, sí es suficiente como para entretenerlo un rato el domingo por la tardecita, cuando sale al patio a tomar mate y disfrutar de esos colores tan nítidos que tienen las pinceladas del atardecer. A veces Filipa juega un poco.

La mañana del accidente Tomás estaba igual que siempre. Los tres botones, implacables, capturándolo entero y él, resignado, ya apenas sintiéndolo como un insulto a su potencial. De repente, un grito. Y rojo en la cinta transportadora, sobre los fideos, como si alguien les hubiera tirado salsa de tomate. Acaso era la primera vez que un producto así de fresco tocaba la línea de montaje. Nada grave. Alguien con un dedo menos.

Les dieron el resto del día, así que Tomás decidió tomar el colectivo a casa temprano, por primera vez en mucho, mucho tiempo. Llegando, se cruzó con el cartero saliendo del frente de su casa. Facturas, como siempre, a principio de mes, se atajó sin dejar que arraigara la esperanza de esa carta.

Entró despacio, calmándose. Facturas, como siempre, otra vez, seguro. Y las dejó sobre la mesa.

El estómago le vino a recordar que era hora de comer, así que manoteó uno de los muchos paquetes de fideos de su alacena, que tan harto lo tenían, y los echó al fuego. Filipa lo miró con sorpresa, la saludó con algunos mimos. Ella respondió con temor, así que pronto Tomás supo que su perrita se habría mandado alguna macana. No tuvo que buscar demasiado para ver un charco de pis en la cocina, que limpió rápido mientras le decía severo algunas palabras.

El agua de los fideos rebalsó, pura espuma. Les bajó el fuego, y preparó una salsa rápida. Siempre calculaba mal la cantidad de comida, mucho tiempo de cocinar para dos. Mandó la mitad de los fideos a la heladera, y mientras comía, se puso a revisar los sobres que le habían llegado. Cuentas del gas, cuenta de la luz, cuenta del agua... y en un momento se paró en seco. No sonrió. No dijo nada. Simplemente dejó de respirar, un fideo tirabuzón colgándole entre los labios. Confirmó el remitente un par de veces y abrió el sobre.

Terminó de comer y se quedó mirando a Filipa, sabiendo que tenía que tomar una decisión, y que su rutina ya no sería nunca más la misma.